

EL MOTÍN



Año XXXIV.-Madrid, Jueves, 27 Agosto 1914.-Número 35.

SUCURSAL:
RIVADAVIA, 698
BUENOS AIRES

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Nicolás Estévanez

Recordarán mis lectores, que al final del artículo humorístico titulado *Entre vejestorios*, publicado el 6 de Agosto en EL MOTÍN, dije á Estévanez:

«Llegó el momento de despedirme de usted, y no se me ocurre la fórmula. Las gentes de menos edad que nosotros (casi todos los habitantes del planeta) suelen emplear la siguiente: «¡Hasta mañana!» Estableciendo la proporción debida de edad y de probabilidades de vernos ó escribirnos, creo que lo más acertado sería emplear esta fórmula:

¡Hasta el minuto próximo... si llegamos!»

Al recibir el día 20 la noticia de que Estévanez había muerto, exclamé:

«Tan buen amigo como siempre. Ha anticipado el viaje, para que yo alcance entre mis contemporáneos fama de buen profeta. Dios se lo pague.»

Y dicho esto, llevéme el pañuelo á los ojos

Si algún día escribo una biografía de Estévanez, diré dónde y en qué día nació; y que fué militar y dejó la carrera; y que fué revolucionario y lo demostró sublevándose varias veces; y que fué gobernador de Madrid y ministro de la Guerra durante la República; esto es, le extenderé una especie de cédula de vecindad ampliada, según costumbre en estos casos.

Hoy sólo quiero hacer constar

que fué gran amigo mío, y que lo admiré por inteligente, por bueno, por perseverante y por digno; que lo tuve siempre por uno de los más peregrinos ingenios literarios del siglo pasado; que me deleitaban sus escritos por su estilo ameno, sencillo y elegante, y por el sano, aunque á menudo amargo humorismo de que hacía gala; y que era, por tanto, uno de los pocos hombres que tenía derecho al morir á que se empañaran mis ojos.

Ha muerto cual vivió, sin perder la serenidad de espíritu que le acompañó en todos los momentos decisivos de su vida. Demuéstralo el trabajo que va á continuación, publicado en *El País* el día anterior á su muerte.

Como he de ocuparme de Estévanez en el número próximo, y no en forma quejumbrosa ni empleando frases hechas, sino conversando con él cual si estuviese vivo, termino por hoy.

JOSÉ NAKENS

Notas de la guerra

DIARIO DE UN HUMORISTA

Veo con espanto que los diarios españoles piensan mandar corresponsales al teatro de la guerra.

Por humanidad... no hagan tal cosa. En el campo francés no perderían más que el viaje; en el prusiano ó el austriaco, la vida; serían fusilados por espías, sin faltar á las leyes de la guerra. Nuestra misma ordenanza bien claro lo dice: «Los espías de ambos sexos serán pasados por las armas.» Con arreglo á ordenanza se fusiló á la madre de Cabrera.

Ya sé que han ido periodistas á diferentes guerras; no los han tratado mal en el Paraguay, en Persia, en China; pero en la culta Europa, no doy por su pellejo ni un billete nuevo de los de cinco francos. Para que en Alemania escape medianamente algún corresponsal, ha de ser militar, ir de uniforme y llevar pasaporte de su Gobierno.

En Europa, en el siglo xx, en naciones civilizadas, se está haciendo la guerra sin cuartel. No digo que los alemanes fusilen prisioneros que sean militares, pero fusilan paisanos;

ellos no entienden ni de guerrilleros ni de patriotas, ni de hombres que peleen sin vestir uniforme y ostentar un número al cuello.

Tengo esperanza de que esta guerra cure de su manía á los inocentes que hablan de europeizar á España. Ya ven lo que es Europa: un conjunto de Estados sumidos en la miseria moral, en los fanatismos más estúpidos y en la más horrible de las ignorancias (con muchos doctores y muchas bibliotecas).

Si los españoles hablaran de afrancesarse, no me faltarían reparos que oponer; pero de europeizarse, de imitar á los bárbaros del Norte, me parece el colmo de la animalidad.

Y el caso es que sin meternos en nada, y tal vez por eso mismo, España será la que pague los daños y perjuicios de esta guerra. Todo por la desgracia de vivir en contacto con Europa, tierra de monarcas, de piratas y de cagatintas. Pero, ¿quién sabe? tal vez se reproduzca en 1914, ó en 1915 aquel año de 1848, el único glorioso para los europeos; el año de Kossut, Mazzini, Garibaldi, Abdón Terradas, Moriones, el año que vió las barricadas de París, Viena, Berlín, Milán, Sevilla, Roma etcétera etc. Y si no hubiese barricadas este año ó el que viene, las habrá otro año ú otro siglo; hasta entonces no se civilizará de veras la indecente Europa, hija de mujer liviana (según la fábula, que no me parece fábula, del viejo paganismo.)

¿Pero es Europa capaz de civilizarse? Pienso que sí. Lo que hay es que los enemigos de la civilización, armados hasta los dientes se defienden con toda clase de armas, en tanto que los partidarios del progreso, de la libertad, en una palabra, de la civilización, llevan su imbecilidad hasta practicar el pacifismo. Oponen á la injusticia la resignación, y la retórica á la fusilería.

¡Están frescos!

Día 10.

Desde que se rompieron las hostilidades, los diarios de París muestran una patriótica y plausible discrección; lo que dicen es verdad, pero no dicen toda la verdad. Por ejemplo, no habla ninguno (que yo sepa) de los heridos que ya han llegado á París. Me consta que á estas horas hay en París 2.200; los hay hasta en el colegio Stanislas, porque

no caben todos en el Val de Grace. En Epinal hay 12.000. Y una pobre señora, vecina mía, cuyo hijo era artillero, ha recibido hoy un telegrama oficial que dice:

Mort pour la patrie.

No solo ha muerto por su patria, sino por la libertad de Europa, que bien lo necesita.

No he telegrafiado la llegada de heridos, porque el telegrama habría quedado sin curso.

ULTIMA HORA

Los alemanes siguen detenidos en frente de Lieja. Los franceses entraron en Alsacia, pero en lugar de posesionarse, como se ha dicho, de Maguncia y de Colmar, han evacuado la ciudad de Mulhouse, en la que habían entrado después de la victoria de Altkirch.

Los austriacos, en la frontera serbia, salen á derrota diaria.

No sé nada de los rusos.

Otro día hablaré de nuestro paisano el generalísimo francés, que es catalán.

El brasileño señor del Campo y su señora, que estaban en Alemania y hablaron en francés por no saber el alemán, fueron brutalmente apaleados y llevados á empujones hasta la frontera suiza. Ténganlo en cuenta los corresponsales.

NICOLÁS ESTÉVANEZ

La última batalla

—¡Ah, la última guerra, la última batalla! Fueron tan terribles que los hombres rompieron para siempre sus espadas y sus cañones... Era al principio de las grandes crisis sociales que acababan de renovar el mundo, y me han contado cosas espantosas, hombres que por poco se vuelven locos en medio de aquel choque supremo entre las naciones. En la crisis furiosa de los pueblos preñada de la sociedad futura, media Europa se había arrojado sobre la otra media, y todos los continentes habían ido detrás. Chocaban las escuadras en los océanos para dominar el agua y la tierra. Ni una nación quedaba fuera de la lucha; unas á otras se habían arrastrado. Ejércitos inmensos entraban en línea de batalla ardiendo de furor hereditario, resueltos á aplastarse como si por los campos vacíos y estériles hubiese por cada dos hombres uno de sobra... Los dos ejércitos inmensos de hermanos enemigos, se encontraron en el centro de Europa, sobre vastas llanuras, donde millares de seres podían degollarse. Ocupando leguas y leguas desplegaron las tropas seguidas de otras de re-

fuerzo, en tal torrente de hombres, que la batalla duró un mes. Cada nuevo día había más carne humana para el fuego de cañones y fusiles. No se levantaba á los muertos; los montones formaban murallas, detrás de las cuales los nuevos regimientos, inagotables, venían á hacerse matar. La noche no suspendía el combate; se mataba en la oscuridad. El sol á cada aurora alumbraba grandes charcas de sangre. Un campo de matanza cuyas mieses horribles, los cadáveres, se amontonaban en haces cada vez más altos. Por todas partes el rayo que de un golpe hacía desaparecer cuerpos de ejército enteros. Los combatientes no necesitaban siquiera acercarse ni verse; los cañones lanzaban á muchos kilómetros granadas cuya explosión arrasaba hectáreas de terreno y asfixiaba, envenenaba. Desde el cielo mismo los globos lanzaban bombas é incendiaban los pueblos al pasar. La ciencia había inventado explosivos, máquinas de muerte capaces de llevarla á distancias prodigiosas, de tragar bruscamente todo un pueblo como en un temblor de tierra... ¡Y que monstruosa carnicería en la última tarde de esta batalla gigantesca! Jamás todavía tamaño sacrificio humano había humeado bajo el cielo. Más de un millón de hombres yacían allí, por los anchos campos devastados, á lo largo de los ríos, á través de las praderas. Se caminaba horas y horas y siempre se encontraban más y más cadáveres, con los ojos abiertos, vociferando la locura humana, con las negras bocas también abiertas... Y fué la última batalla, porque el espanto heló los corazones al despertar de esta embriaguez horrible, y fué universal la certidumbre de que la guerra ya no era posible con la ciencia omnipotente, soberana creadora de vida...

EMILIO ZOLA

El Trabajo.

La batalla que se está librando actualmente ¿será la que predijo Zola en el párrafo anterior?

Sol y Ortega

El día 20 hizo un año que murió. Recordar ahora quién fué, sería ofender su memoria, suponiendo que puede haber un republicano siquiera que lo haya olvidado.

Echarlo de menos; esto es lo que hacemos todos, siempre que algún acontecimiento viene á plantear una cuestión importante para España, ó para el partido republicano. Su opinión luminosa, sincera y desinteresada, avalorada por su gran inteligencia, y que se ponía constantemente al lado de la justicia y de la

patria, nos hace falta constantemente. En los momentos actuales podía haber sido decisiva.

Es el primer aniversario de su muerte, la mayor alabanza que podemos hacer de aquel hombre, excepcional por tantos conceptos, es decirnos unos á otros todos los republicanos:

«Procuremos imitarle en civismo y abnegación, ya que no podemos ponernos á su altura en inteligencia por haberla tenido tan maravillosa.

Y enorgullecámonos á la vez de que fuese de los nuestros un hombre como Sol y Ortega.»

LA NEUTRALIDAD

Debemos desear los españoles que la guerra acabe con la derrota completa del fanatismo protestante representado por Alemania, del católico representado por Austria, y si Turquía interviene por fin en favor de éstas dos potencias, con el fanatismo mahometano.

¿Que Francia es católica también, como Bélgica, é Inglaterra protestante? Sí, pero ninguna ostenta el matiz fanático de esas otras, y sirven á la causa de la civilización. Y la prueba está en que hasta la absolutista Rusia ha tenido el rasgo simpático de conceder á Polonia la autonomía y la libertad religiosa para los hebreos.

¿Que pensando así, debería yo sumarme á los que piden que nos pongamos *prácticamente* al lado de los defensores de la civilización? No es necesario; ya lo estamos. ¿Qué mayor ayuda que la de eximir á Francia de mantener en la frontera una gran parte de su fuerza de combate?

Además, si rompiésemos la neutralidad sin ser agredidos, no contaríamos con el apoyo del país, que, para ser eficaz, necesita siempre de uno de estos dos factores: la indignación ó el entusiasmo.

Debemos, pues, conservar la neutralidad. Lanzarnos á la guerra en las condiciones que está España, sería exponernos á perder mucho, sin la esperanza de ganar nada.

Si antes de estallar la guerra se hubiese planteado la cuestión de las alianzas, España hubiera indudablemente obtenido por pactarla con Francia é Inglaterra. Entablada la lucha europea sin estar España comprometida con nadie, lo más lógico, lo más razonable, lo más conveniente, es conservar la actitud que hasta aquí.

Quedan contestados los que me interrogan acerca de este punto, sin meterme á razonar mi opinión, que doy sólo como patriota, no como hombre de Estado de los que ahora surgen por generación espontánea.

Soñar con futuras grandezas em-

pujando á España hacia empresas belicosas, es algo parecido á construir palacios bajo la base de un billete de lotería. No es imposible alcanzar el premio gordo, pero sí muy improbable.

Obra importante

SOL Y ORTEGA Y LA POLÍTICA CONTEMPORÁNEA, por Miguel Tato y Amat.

Así se titula el libro puesto á la venta el día del primer aniversario de la muerte de Sol y Ortega. El autor ha prestado un gran servicio al partido republicano, exhibiendo en toda su grandiosidad la figura del gran hombre que hace un año perdimos. Secretario particular suyo durante mucho tiempo, y su amigo y confidente, ha podido aportar al libro, además de los actos públicos y los discursos de Sol y Ortega, detalles de su personalidad íntima que contribuyen á lamentar más su pérdida y enaltecer su memoria.

Ginard de la Rosa ha puesto un magnífico prólogo al libro, que no copio en este número por demasiado largo, pero que en otro irá; y Castrovido el Epílogo que va á continuación.

El libro, que tiene 730 páginas en buen papel, bien impreso y con una artística cubierta con el retrato de Sol y Ortega, se vende á tres pesetas en la redacción de *El País* y en las principales librerías.

La última entrevista

A últimos del mes de Junio del año pasado (1913) vinieron á Madrid tres concejales republicanos del Ayuntamiento de Valencia, Suay, el abogado Sempere y Pascual Martínez. Quisieron ver á Sol y Ortega y me rogaron que les acompañara. Con gusto accedí. Y una tarde muy calurosa fuimos al Hotel Inglés, donde residía en Madrid D. Juan Sol y Ortega.

Ocupaba un cuarto interior, con aspecto de camarote. Poco orden y ningún lujo tenía en su habitación. Le acompañaban sus íntimos Lupiani y Alba y su secretario Tato Amat.

Sol y Ortega, después que se hubo enterado de lo que «traían por aquí» los amigos de Valencia y en qué podía servirles, nos mostró el estado de su alma. Estaba enfermo y triste el gran luchador, cansado de su soledad familiar y política (viudo sin hijos, caudillo sin huestes) y fatigado de batallar sin vencer y sin ser derrotado. Estoy solo, nadie me hace caso; si en Septiembre no se rea-

liza la Unión, me retiro, me voy á mi bufete y á mi casa de Barcelona. La muerte le retiró para siempre un mes antes.

Le hicimos ver lo grande y firme de su popularidad y le aseguramos que pronto vería lo acompañado que estaba en su soledad. ¿No lo vió usted ya en la manifestación de Marzo? Y no le hablamos así por piedad. No. Le encontramos mejor aquel día, y como nos ocurre siempre con las personas á quienes de veras estimamos, no echamos de ver su decaimiento físico ni barruntamos la proximidad de su muerte. Le dijimos lo que pensábamos. Sol y Ortega iba dentro de unos meses á tener un momento propicio. Inclinados los reformistas á la Monarquía, desbaratados los partidos todos y anhelantes de organización los republicanos.

Se animó el gran ciudadano. De súbito pasó del desaliento á la esperanza, del abatimiento al entusiasmo, y habló con su parsimoniosa claridad mucho y bien de la situación política española. Sus juicios eran tan meditados y profundos, que la realidad ha venido á convertirlos en proféticos.

Nada se ha dicho en el Congreso en los largos debates sobre el problema hispano-marroquí que no bosquejara aquella tarde el Sr. Sol y Ortega. Se mostró decidido á hacer un viaje por el Marruecos sometido al protectorado español. Si hay dos diputados republicanos que me acompañen, iré en Octubre. Se le dijo que sí, que tendría acompañantes, y con elocuente clarividencia expuso la gravedad de la situación de España en Africa. La muerte, al sellar los labios de este catalán franco, sincero y valiente, privó á España de un discurso, resultado de su viaje á Marruecos, comparable á los que pronunciara sobre el fusilamiento de Clavijo, las causas del desastre colonial y el proceso Ferrer, tres inmortales oraciones parlamentarias.

Y más habló Sol y Ortega, imprimiendo alientos en el alma un tanto abatida también de sus oyentes. «Con que yo me entienda con Pablo Iglesias creo que hay bastante para preparar fuerzas capaces, no ya de hacer una revolución, sino de encauzarla, de inspirar confianza y de evitar desbordamientos espontáneos, algo verbosos, cual los que, con general sorpresa, presencié yo en Barcelona y han presenciado ustedes en Valencia hace dos años».

Y cada vez con más fervor y mayor fe se elevaba en sus elucubraciones y leía en lo porvenir. Nos pronosticó aquel día, no lo olvidarán los que lo oyeron, la inminencia de la guerra europea. No dimos curso á su profecía, sino es por cortés cumplimiento; pero hoy comprobamos nuestro error y aprecia-

mos la superioridad de Sol y Ortega.

Dejámosle como rejuvenecido, con ilusión, que es la mejor señal de tener vida, y nos despedimos de él hasta Septiembre, deseándole que le sentaran bien las aguas de Vichy, en las que había puesto toda sus esperanzas de alivio, de salud.

¡Y no nos hemos vuelto á ver!

Aquella entrevista fué la última que tuvimos con él. No volvimos á charlar con aquel hombre tan sencillo, tan llano, tan metido en la vida, tan mundano, un poco bohemio todavía, y todavía no espantado del jardín del amor. Era encantador en su trato íntimo; gustábamos de su charla amistosa tanto cuanto de sus discursos políticos. «Adiós, feliz verano; hasta Septiembre.» Para siempre adiós, debimos haberle dicho en silencio, si el cariño que le profesábamos no nos hubiese cegado para no ver lo que expresaba su cara: la proximidad de la muerte.

Unos años, muy pocos, dos ó tres, que hubiese vivido, le habrían bastado para realizar sus pensamientos en bien de la República, en bien de España. Murió precisamente cuando más necesitábamos de él los republicanos y cuando más útil podía sernos. Fué una gran desgracia.

Era Sol y Ortega el último de los catalanes—no conozco otro—de la estirpe que empieza con Capmany y termina con él, dando á España hombres como Madoz, Traserra, Figueras, Figuerola, Pí y Margall, Prim, Suñer, Clavé, Mata, Tutau, Balaguer, el autor de *La Dolores*, que ahora no recuerdo, Lostau, el Xich de las Barraquetas. ¿Qué distingue á estos catalanes de aquellos sus paisanos que, juntos con ellos ó después, brillaron en las letras ó en la política? No el emplear las lenguas castellanas en sus discursos y en sus escritos, porque algunos de los citados escribieron también en lengua catalana. Tampoco el concepto de la autonomía regional, pues entre los nombrados los hay federales y unitarios. La distintiva de esos catalanes, es su españolismo. Son catalanes muy catalanes; quieren la autonomía de su región algunos, como el patriarca del federalismo; pero incluso Pí y Margall, no prescinden nunca de la nacionalidad española ni se consideran ciudadanos de la nación catalana.

Y no señalo aquí, en este libro todo unción y piedad, lleno del recuerdo del amigo muerto, no señalo esa diferencia con ánimo de poner á unos catalanes sobre los otros, ni menos con la de marcar diversidad de graduaciones en el patriotismo de los catalanes españolistas y el de los catalanes nacionalistas, que quieren á España también,

á cuyo Estado desean permanecer unidos: la señalo para determinar la personalidad de Sol y Ortega y para recoger una amarga queja que exhaló en la última visita que le hicimos.

Se refería al proyecto de ley de Mancomunidades que Romanones quería aprobar á todo trance, y que luego, ya muerto Sol, aplicó por decreto el Sr. Dato. «Yo - nos decía - no he de oponerme; he callado en el Congreso, pero no he votado el proyecto. Pienso de él lo que pensaba cuando en el Senado combatí la Mancomunidad con aplauso de muchos de estos liberales que ahora la defienden, excepto Montero Ríos. Allá ustedes. Esfóy cansado de que unos me llamen mal catalán y enemigo de Cataluña, para que los otros me crean intransigente, centralista y, peor que separatista, separador.» Y me miraba devolviéndome una frase...

¡Cuánto la he recordado, no con remordimiento, que aquí no hay por qué sentirlo, sí con pesar, por haberle molestado! ¡Y cuánto sentí y cuánto siento no poder lamentar con él en animada conversación las muchas cosas raras, inconcebibles antes de realizarlas, que han hecho y hacen sus paisanos, correligionarios y adversarios!

ROBERTO CASTROVIDO

Otro que se ha ido

Eanesto García Ladevese murió el día del actual en Madrid.

Periodista y literato notable, conquistó desde muy joven un renombre envidiable.

Afiliado al partido progresista, desempeñó el cargo de secretario particular de Ruiz Zorrilla, quien le confió varias comisiones de gran importancia. Al venir á España enfermo el jefe revolucionario, entró también Ladevese.

Fué durante muchos años corresponsal de *El Liberal* en París, escribiendo crónicas interesantísimas.

Es acreedor á que le recordemos los republicanos, por lo mucho que trabajó en favor de nuestros ideales.

CRONICA DE LA GUERRA

Desde la cumbre

Los que ríen

Hay quien ríe, lector; hay quien ríe ante el espanto de la guerra.

La risa, han dicho falsamente, es propiedad del hombre. Y aun lo han definido «animal que ríe».

Suele creerse que el hombre ríe al contacto del bien. Hay un animal que ríe á presencia del mal. Los que no han visto ese bruto, llámalo dia-

blo; mas, si quieres verlo, ahí está. Ahí está formando legión. Ese animal-diablo es el hombre que ríe ante el espanto de la guerra.

No es el loco de «La carcajada»: nuestro hombre que ríe es cuerdo, muy cuerdo; más cuerdo que los que lloran.

Ese diablo es contador de oficio, y cuenta tranquilo, frío, reposado... Cuenta las desdichas de la guerra y rubrica la suma horrible con una risa. No ríe sin razón, porque es muy cuerdo, es muy buen contador, y echa muy bien las cuentas. Lo que para los demás es mal, para él es bien. Lo que es muerte para otros, para él es vida; lo que es peste y tristeza, es para él delicia y almíbar. Que así es la naturaleza: de la corrupción del uno, nace el otro ser, y si la vida es el bien radical, y ésta se debe al nacimiento, podemos decir que la vida es el postrer beso de la muerte, como la muerte es el postrer beso de la vida.

De los cadáveres que resulten en las batallas, ¡cuánta inmensidad de microbios, de gusanos, de insectos brotarán! También ellos son vida. Son vidas minúsculas que brotan de la muerte del mayor. Todos ellos ríen ante el estrago. También ríen los chacales y los buitres. Ríen los leucocitos y bacilos cuyo imperio el soldado esparramará á su paso, dejándolos instalados en sus alojamientos. Ríen los antropodos todos que invadirán los ejércitos y cuya soberanía va á extenderse, dejando á los historiadores la tarea de buscar su origen y de ponerles verdadero nombre, como en el siglo XV, y decidan los sabios si han de llamarse gállicos ó napolitanos.

Peró no creas que todos los bacilos son microbios, ni los antropodos, buitres y chacales tienen la forma que les atribuye la Zoología. En la antropología hallarás también esas razas espirituales y esas plagas de la humanidad que viven, ora en sus humores internos, ora en los senos escondidos de ella, ora fuera de ella.

¡Cómo ríen los condenados!

¿Quiénes son los que ríen á la vista del estrago?

Míralos.

El abastecedor del ejército.

El proveedor y administrador,

El fabricante de armas y de explosivos.

El acaparador de subsistencias.

El jugador de Bolsa.

El rival de negocio que mira la ruina del competidor.

El hijo que apetece la herencia del padre.

La mujer que se siente esclava del marido.

El prestamista que espera negociar grandes usuras.

El ambicioso fracasado en la paz.

Y... hay otros que ríen y cantan. El clero, institución la más sabia nacida del humano caletre. El clero. para quien el mal ajeno es un bien,

Mira cómo corren al templo los pueblos encargando rogativas...

Cómo las madres, hermanas, hijas y esposas llenan de velas los altares. de ofrendas los cepillos, de ex votos las paredes, de misas los libros de asiento...

Mirá cuán bien redondeado tiene el negocio. Cantos y música para implorar de Dios la paz y el alejamiento de la guerra. Venida la guerra, el clero no se da por fracasado: nuevas rogativas para lograr el triunfo. Si no viene el triunfo... rogativas para obtener la resignación. El que regresa sano, ex votos en acción de gracias; el que vino enfermo, votos para la curación; el muerto... ¡ay! ha muerto para auxiliar á la familia y á la humanidad viandante; pero vive para el clero que lo hace vivir en la fe del individuo. Vive... vive pidiendo á gritos misas, novenas, responsos... Vive en la eternidad, pero jamás en el cielo... ¡qué pecado de soberbia creer que está en el cielo! El más santo cae siete veces. Y tampoco en el infierno ¡qué crimen... desconfiar de la misericordia de Dios! No en el infierno, en el cual huelgan las misas, que no llegan allá; ni en el cielo, donde no hacen ya falta. Hay que ponerlo en el purgatorio, en el cual tanto poder é influencia ejerce el clero con sus cantos y rezos.

¿Cuántos muertos hay? ¿Un millón? ¿Qué clientela para el clero! De ellos las tres cuartas partes, cuando menos, vivirán para él exclusivamente; muertos para todos los demás, vivos para el clero, con la vida eterna del condenado al fuego que clama á sus deudos socorro... socorro del clero.

¡Qué negocio es ese! ¡Cuánta actividad en la industria! ¡Cuántos millones!

Por esto el clero ríe.

Ríe y canta.

Canta loas á la muerte.

Sin la muerte ¿para qué serviría el clero?

S. PEY ORDEIX

La carcundería andante

Los jaimistas barceloneses están á partir un piñón con los alemanes residentes en aquella ciudad.

Esta cordialidad llega al extremo, de que significados carcas aseguran que si el Gobierno español rompiera la neutralidad y se decidiese por apoyar á Francia é Inglaterra, los tradicionalistas de toda España, *cumpliendo las instrucciones que para tal caso tienen recibidas*, mostrarían de modo ostensible y que no

dejara lugar á dudas, sus francas simpatías por Alemania.

De ser yo Gobierno, me tendría la amenaza sin cuidado. Con hacer la vista gorda cuando los ciudadanos honrados se dirigiesen á los conventos, conflicto conjurado en veinticuatro horas.

Esos imbéciles clericales no sospechan la que les espera el día que el Pueblo Soberano empuñe la escoba y comience á barrer inmundicias.

Por haber cometido tres ó cuatro asesinatos á traición, se creen unos héroes invencibles.

Ya los convenceremos de lo contrario, anticipando este año, si ellos se echan al campo, la matanza de cerdos.

Causas de la guerra

Sabido es que las causas de la guerra como las de todos los hechos sociales—por razón de su complejidad—se deben considerar bajo dos aspectos distintos, que vienen á ser como los eslabones extremos del encadenamiento causal que enlaza esos hechos. Uno de los eslabones (al que podemos llamar causa ocasional), lo constituyen los hechos inmediatos que provocan el estallido de las guerras, que siempre es un hecho distinto para cada una, porque distintas son siempre por razón del tiempo las condiciones en que para chocar se encuentran los pueblos, distintos los momentos de sus vidas, distintos los estados sociales en que estas se desarrollan. El otro eslabón lo constituye la causa general comprensiva de todos esos hechos inmediatos y de todas las causas intermedias, que por esto mismo ha de ser independiente del tiempo y del lugar á cuyas mudanzas y particularidades están sujetas las causas ocasionales, de modo que, según esto, las causas ocasionales de las guerras, los hechos inmediatos que las provocan, no vienen á ser sino la manifestación visible de la necesidad causal que lleva consigo el hecho primordial que las engendra y que es la causa eficiente de ellas. Que un gobernante altere un despacho telegráfico, que un acorazado estalle inexplicablemente es una bahía, que el heredero de una corona sea víctima de un crimen, etc., nadie, en efecto, que tenga mediano entendimiento juzgará estos hechos como verdaderas causas de la guerra franco-alemana del 70, de la nuestra con los Estados Unidos y de la actual guerra europea. Con estos pretextos ó con otros es indudable que esas guerras hubieran estallado. Al hablar aquí de las causas de las guerras, dejamos á un lado las causas ocasionales y nos referimos naturalmente

á la causa mas remota, á la causa que realmente las produce.

Entre el caos de opiniones emitidas sobre las causas que han engendrado la actual guerra europea la mas comprensiva es, sin duda, la que juzga la actual contienda como resultado de los instintos de barbarie dominantes aún, á pesar de delumbantes apariencias, en la masa general de los pueblos de Europa; esto es, como resultado de la brutalidad ancestral, para decirlo en dos palabras. Esta opinión expresa, á nuestro modo de ver, una gran parte de la verdad, pero no toda la verdad de que se trata. Esa brutalidad ancestral todavía viva y manifiesta en casi todos los hombres de todos los pueblos de la Tierra, es, sin duda alguna, la condición de posibilidad de las guerras, pero no la causa activa de ellas. Es el medio que las hace posibles; pero no la causa que las engendra. No es ella la que obliga á los conductores de pueblos á lanzarlos unos contra otros. La causa que obrando activa y constantemente en la vida de los pueblos los empuja fatalmente unos contra otros, radica, según venimos diciendo, en el modo como se distribuye actualmente la riqueza que, arrancándola á la tierra, crea el trabajo del hombre. Ese modo de distribución es la causa, el hecho generador que encerrando férreamente la vida de la mayoría de los hombres en los límites de la vida instintiva y muscular, les mantiene esclavos de la brutalidad ancestral. Los horrores de las guerras amortiguan algo esa brutalidad, pero momentáneamente, como válvula de escape. En cuanto la presión producida por el desequilibrio entre la producción y el consumo alcanza otra vez la altura límite, la guerra estalla de nuevo. Y ese desequilibrio se producirá necesariamente mientras los agentes naturales de producción puedan ser propiedad de alguien. Sólo cuando la distribución de la producción llegue, al fin, á verificarse equitativa y humanamente, podrá ir extinguiéndose con alguna rapidez esa inconsciente brutalidad é ir extinguiéndose así la posibilidad de las guerras.

M. M.

DOS A LA VEZ

Al mismo tiempo que daba el espíritu á Dios ó al diablo, el *papa blanco*, llamado de nacimiento José Sarto y de *papa* «Pío X», hacía lo propio el *papa negro*, general de los jesuitas, de quien se cuenta haber sido durante muchos años el verdadero papá del *papa*.

Y lamento como un fatal castigo para mí, tener que ocuparme de ese par de sujetos que van á pasar al re-

gistro civil de defunciones de Italia con el título de «ciudadanos», de oficio *Papa* el uno, y el otro «jesuita», que así es de brutal la ley del registro de aquella nación que mantiene cordiales relaciones con España, y cuyas leyes son, por esta causa, tan respetables como las españolas contrarias.

¿Qué me importarán á mí tales sujetos? Lo mismo que yo les importo á ellos.

Pero... hay que resignarse al destino. Ellos tenían por oficio el de excomulgarme y difamarme; á mí me toca el de hacer el eco debido á sus anatemas é improperios.

Han muerto.

Dios los ha suprimido.

Siguiendo el estilo del catolicísimo obispo de Mondoñedo y cronista del emperador Carlos V, Antonio de Guevara (1), en vez de pésame á los deudos de los finados, cosa triste siempre y no siempre sincera, ocurreseme felicitar á sus sucesores, haciendo mía la frase del pícaro escritor: «Dé gracias á Dios por haberle dado el condado de Buendía, y para ello haber matado al conde vuestro hermano y á la condesa, haber desheredado á vuestra sobrina y haber logrado del tribunal una sentencia contra el almirante.»

Porque, dentro de pocos días, veremos á la Iglesia toda, celebrando fiestas en acción de gracias por los nuevos elegidos; y si las gracias se dan por el bien y no por el mal, y si el efecto bueno supone tan buena ó mejor causa, claro está como el agua que, siendo la muerte de unos la causa de la elección de los otros, la muerte esa es un bien, manantial de muchos bienes, y la vida de aquéllos que impedía estos otros bienes, viene á resultar el mal.

Por esto en vez de responsos y misereres, procede entonar el *Gaudeamus*.

Alabado sea Dios, y creamos, aunque sea por un leve momento, que los someterá á entrambos á inexorable juicio, y al consiguiente infierno, del cual se librarán los poderosos más difícilmente que el camello pasará por el ojo de la aguja.

Pues siendo ellos los dos más terribles poderosos de la tierra y los más insolventes acá, han de ser los más duramente juzgados allá.

Acompáñenles á ese juicio las maldiciones de todas sus víctimas, las lágrimas de todas las desgracias ocasionadas, la miseria de todos los despojados, la ira de todos los oprimidos. Hágase juicio inexorable sobre ellos.

A ese juicio apelaron; ese juicio era el único que aceptaban. ¡Creamos, incrédulos! Creamos un momento en ese juicio y comparezca-

(1) Carta al conde de Buendía.

mos en sus estrados exigiendo inexorable justicia.

Si el fallo de Dios fuese de entregarlos á Satán... ¡el será justo! ¡el será quien les cobre las calumnias, insultos, embustes y escarnios que le infirieron!... Creamos... creamos, y así sea en sueños, gocémonos en el Infierno del Dante.

Murieron ellos.

La enhorabuena á sus herederos y sucesores.

Se la va á dar la Iglesia toda. Sólo nos anticipamos unos días. En muchos cardenalicios cerebros laten alternando la idea del papa muerto y del papa futuro y se echan las cuentas de lo que se gana, y se pierde con la elección próxima y con la muerte reciente.

Si en el funeral del difunto pudieran transparentarse los pensamientos y sentimientos de los concurrentes, ¡qué macabra farsa aparecería! ¡qué de contracciones exteriores de tristeza, teniendo por resortes la alegría de dentro y la conveniencia de la etiqueta!...

Antes de morir el Papa Pío X, había nacido ya *in petto* de los cardenales electores y de las cancillerías influyentes el Papa futuro. El Papa no muere: es inmortal. Sólo cambia de nombre y de estatura. Murio José Sarto... pero el Papa vivió antes de nacer él, vive durante el interregno y se revelará después de él.

¿QUIÉN SERÁ EL PAPA?

Nada más pintoresco que un cónclave por dentro. Los pecados capitales se dan cita allí. El cónclave es una institución sabia. Debiera tomarse de modelo para los partidos democráticos y para impedir los cismas.

Reunir todos los jefes de partido, encerrarlos en una jaula como las fieras y no soltarlos hasta que hubieran proclamado el jefe único... Tal es el cónclave. Tal es su finalidad y resumen histórico.

Los jefes eclesiásticos, como los nuestros, son de suyo irreductibles: sus odios son invencibles. Sólo encerrados como fieras, llegan al acuerdo para recobrar la libertad.

Hay cónclaves que han durado meses y meses: los jefes no se componían. ¡Qué batallas allá dentro! ¡Qué riña de gallos! Mientras no se tomó el acuerdo de encerrarlos, la unión fué imposible: cisma á cada paso... discordias... y total: la Iglesia á pique como los partidos de acá.

Por esto el pueblo acordó encerrar las fieras y no soltarlas hasta que hubieran domado sus odios y desacuerdos.

En esta vida de la Iglesia suele seguirse la ley pendicular: de la derecha se salta á la izquierda. Los

descontentos del uno son los que triunfan en la elección del mayor.

Es de esperar, en virtud de esta ley, que vendrá un papa contrario á Pío X, como éste fue contrario á León XIII y éste á Pío IX etc.

LA POLÍTICA Y EL PAPADO

Pío X fué hechura de Austria é imposición del Emperador contra la candidatura de R mpolla. La guerra actual influirá grandemente en la elección del Papa. Los cardenales italianos no se dejarán influir de Austria, cuya pelota está en el tejado de la guerra.

Con esto la candidatura Merry del Val ha fracasado por completo. El y el cardenal Vives, autores de la política de Pío X, han dejado en lo más hondo el crédito de España.

Los cinco cardenales españoles que irán al Cónclave... ¡lo que oirán! ¡Las cuchufletas que les dirigirán los extranjeros!

Realmente los tres últimos Papas han metido á la Iglesia en un callejón sin salida. La han hecho vivienda de cardenales, obispos y frailes.

El Camarlengo que apareció en la cámara mortuoria, lleva un nombre fatídico y sibilítico. Della Volpe se llama («de la Zorrea»).

Si éste fuese elegido, merecía no cambiar de nombre. Quizás el apellido le sirva de obstáculo.

¿QUÉ HA SIDO PÍO X?

Ahora hablará la historia y emitirá juicio.

Lo más que podrá decir es esto:

— Fué un coadjutor jesuita.

Llamábanle «un buen hombre».

Los «buenos hombres» colocados en el gobierno, suelen ser los más desastrosos. Por lo mismo que son buenos son juguete de los peores: y no gobiernan ya mal, sino pésimamente.

El fué un «buen hombre», y por esto su gobierno ha sido pésimo, rematado, un ciempiés: un reinado jesuitico, laberíntico, misterioso, arbitrario, sin ton ni son.

León XIII había sido un cuco. Jugó con todos y los mangoneó á todos.

Pío X ha sido él el mangoneado.

SU ÚLTIMO ACTO

El Pontífice realizó su último acto político hace muy pocos días. Recibió al príncipe de Schomburgo, embajador de Austria, que fué á anunciar á Su Santidad que el Imperio de Francisco José había declarado la guerra á Serbia. El Papa, indignado, exclamó con horror:

— ¡No quiero la guerra!...

El diplomático austriaco solicitó después del Padre Santo, en nombre de su Soberano, una bendición especial para el ejército de Austria Hungría; pero Su Santidad esquivó el otorgarla, invitando al embajador á que volviese al siguiente día al Vaticano.

Luego Pío X se negó á recibir al representante del emperador, á quien Monseñor Merry del Val comunicó, por encargo de S. S., que el Sumo Pontífice se veía en la imposibilidad de atender los deseos de Francisco José porque, siendo padre de todos los católicos, su bendición no podía ser sólo para los austriacos, sino para todos los hijos de la Iglesia que se disponían á morir por la patria.

He aquí una lindísima herejía.

La patria terrena colocada sobre la patria celestial, que es la Justicia.

Sobre el campo de batalla este acto coloca á Pío X bendiciendo á unos y otros diciéndoles implícitamente: — Mataos. Yo os bendigo.

El último acto de Pío X ha sido de primera.

Así ha cumplido el lema que adoptó al subir al papado: «restaurarlo todo en Cristo».

¡Bonita restauración ha dejado!...

La guerra europea con la bendición apostólica.

P. O.

ADVERTENCIA ADMINISTRATIVA

El que tenga algún atraso en esta Administración y quiera ponerse al corriente, se le agradecerá.

De la guerra

Alemanes en Bélgica... Rusos en Alemania... Franceses en Alsacia... Polonia autónoma... Batallas estupidas... canards no menos estupendos...

Los alemanes van demostrando un gran sentido práctico. Porque los belgas no se dejaron violar, los han forzado brutalmente, y para postre les cobran el trabajo de la violación.

Su primer acto al entrar en Bruselas fué imponer un tributo de guerra á la ciudad de ocho millones de libras, ó sea once libras por habitante, 50 millones á la ciudad de Gante como indemnización de guerra, y á la de Lieja cincuenta millones de francos.

En toda Alemania, y especialmente en Berlín, ha causado el «ultimatum» del Japón indignación enorme. Los periódicos dicen que esta jugada de Inglaterra no hace más que aumentar el entusiasmo por la guerra y la confianza en la victoria.

«Este ultimatum» del Japón — ha dicho una elevada personalidad — es de lo más descarado que se ha visto en la Historia. Tal cinismo es inaudito y propio únicamente de aves de rapina. Habrá que preguntar á la

Gran Bretaña si realmente puede mostrarse orgullosa de semejante compañía.»

No creo que tenga derecho á quejarse del proceder, sea cual fuere, de ninguna otra nación, la que ha violado la neutralidad del Luxemburgo y de Bélgica, y exige exorbitantes impuestos hasta á las poblaciones que se rinden sin combatir. Pero como hemos de ver atrocidades mayores, seamos parcos en el empleo de palabras de grueso calibre, no vayamos á encontrarnos sin municiones á lo mejor del combate.

ANTE LA MUERTE DE UN HOMBRE

Era un hombre, con H y no con h, aquel D. Nicolás.

Una vez, dos colosos de distinto género, Napoleón y Goethe, se encontraron frente á frente. El uno, con su espada, había transformado el mapa de Europa y humillado á las rancias familias principescas. El otro, con su pluma, había hecho una revolución en las conciencias y abierto anchos y profundos cauces al humano saber.

El afortunado guerrero, que había visto doblarse á su paso el espinazo de los príncipes y rendirse la frente de los reyes, se emocionó ante el pensador y el poeta:

—¿Es usted Goethe? ¿Es usted un Hombre!

Estévez merece también que se le llame así.

Yo le amaba con toda la fuerza de mi juventud, como un discípulo ama á su maestro. Desde niño, casi, aprendí á ver en él al caballero sin tacha y al ciudadano ejemplar. Un viejo amigo mío, que hace bien poco tiempo perdí para siempre, un antiguo voluntario de la República del 73, cultivó éste mi arraigado cariño por el Maestro. ¡Con qué emoción recordaba aquél republicano viejo, que fué capitán de voluntarios del barrio de Quiñones, á su «general»! Y por él, yo conocía sus frases, sus gestos, sus actos, repetidos reverentemente una y mil veces, sin cansarse nunca de explicármelos, sin cansarme yo de oírseles...

¡Oh! Si que le he amado yo á Estévez, cuando aún no le había visto, antes de leer sus libros, de estudiar sus discursos; le he amado y le he respetado como ya no me volverá á ocurrir con nadie, ni con nada.

* *

Y le he amado, porque él ha sabido mantenerse puro é independiente en política. Es esta reparo propicio de buscones, de vanidosos, de ambiciosos. Más de un político español ha heredado las artes de Monipodio

y buceando en los procedimientos de respetables hombres públicos, no tardamos en encontrar los sutiles hilillos que los unen á los héroes de nuestras novelas picarescas.

Ser político aquí no exige poseer una educación refinada, una inteligencia que recoja con claridad los problemas nacionales, ni una conciencia quisquillosa y susceptible. El retablo ostenta todas las miserias y toda la lepra repugnante de los pueblos agónicos.

Contraste fíel de semejantes vergüenzas era D. Nicolás. Diputado, Gobernador de Madrid, Ministro, su hoja de servicios, si limpia de faltas y pecados, no lo está de méritos y servicios á la patria. Caballeroso y recto, posible es que tuviera igual; superior, imposible.

Y su vida, llena de gestos bellos, heroicos, tiene uno sobre todo que le hace sin par. Fué, cuando militar destinado á la isla de Cuba el año 71, abandonó carrera y porvenir como protesta contra el fusilamiento de los estudiantes por los voluntarios.

Andando los tiempos, escribió:

«Aquella noche de insomnio y pesadillas la recuerdo ahora como un delirio confuso, como un tormento borroso por la distancia, como el martirio de un hombre á quien arrancan de cuajo, no los miembros, sino el alma, los más arraigados sentimientos y todas las ilusiones...

»Pero lo que agitaba mi conciencia y me perturbaba el ánimo no era solamente el crimen de lesa humanidad, sino también el baldón eterno para España.»

Tanto se desesperó, gritó tanto, que los mozos del café del Louvre, á cuya puerta se encontraba cuando supo la terrible noticia, se apoderaron de él, lo metieron en el patinillo y fueron en busca de un médico, que se vió precisado á sangrarle.

Marchó inmediatamente de la Isla, pidió la licencia absoluta, sacrificó un porvenir que se le presentaba propicio, todo porque á su conciencia repugnaba llevar un uniforme manchado indeleblemente por las atrocidades de los voluntarios cubanos.

Así fué toda su vida: independiente, enemigo de la bullanga, bondadoso, alma de niño y corazón de león.

¡Un Hombre!

* *

¡Los deseos que yo tenía de verle, de hablarle! Cuando el año pasado marché á París, solicité de Palomero, mi querido amigo, una carta-presentación para Estévez. Ya en la capital francesa, le escribí solicitando una entrevista, y á vuelta de correo, muy cariñosamente, me contestó que, cualquier día, alrededor

de las seis de la tarde: estaba á mi disposición.

Al poner el pie en la estación del metropolitano en el boulevard Raspail, mi corazón palpitaba aceleradamente. Rápido, subí al paseo central y lo recorrí impaciente, febril. Llegué ante la casa del insigne republicano en el momento en que un reloj cercano daba cinco campanadas. No pude contenerme y subí por la obscura escalera, mientras la lluvia, que había estado amenazando toda la tarde, comenzaba á caer.

El mismo D. Nicolás fué el que vino á abrirme. Yo no distinguía nada en la penumbra del recibimiento.

—¡Ah! ¿es usted?—dije, azorado como un colegial.

—Sí, sí; dispense que no haya dado luz. ¡Soy tan distraído!

Le seguí por un estrecho pasillo, cruzamos el comedor y entramos en el despacho. Me ofreció un sillón, sentándose él en una butaca de tapicería, muy baja. Antes había hecho que el gas iluminase profusamente la habitación modesta.

—Estoy muy torpe, las piernas ya no me obedecen, apenas si puedo dar mi paseo acostumbrado...

La enorme perilla blanca le llegaba hasta el pecho, dándole un marcial y respetable continente. El brazo izquierdo descansaba á lo largo del cuerpo, mientras la mano derecha se ocultaba en la abertura del chaleco.

Dándose cuenta de mi aturdida actitud, procuró tranquilizarme discretamente, y habló de España, de su España inolvidable y desgraciada.

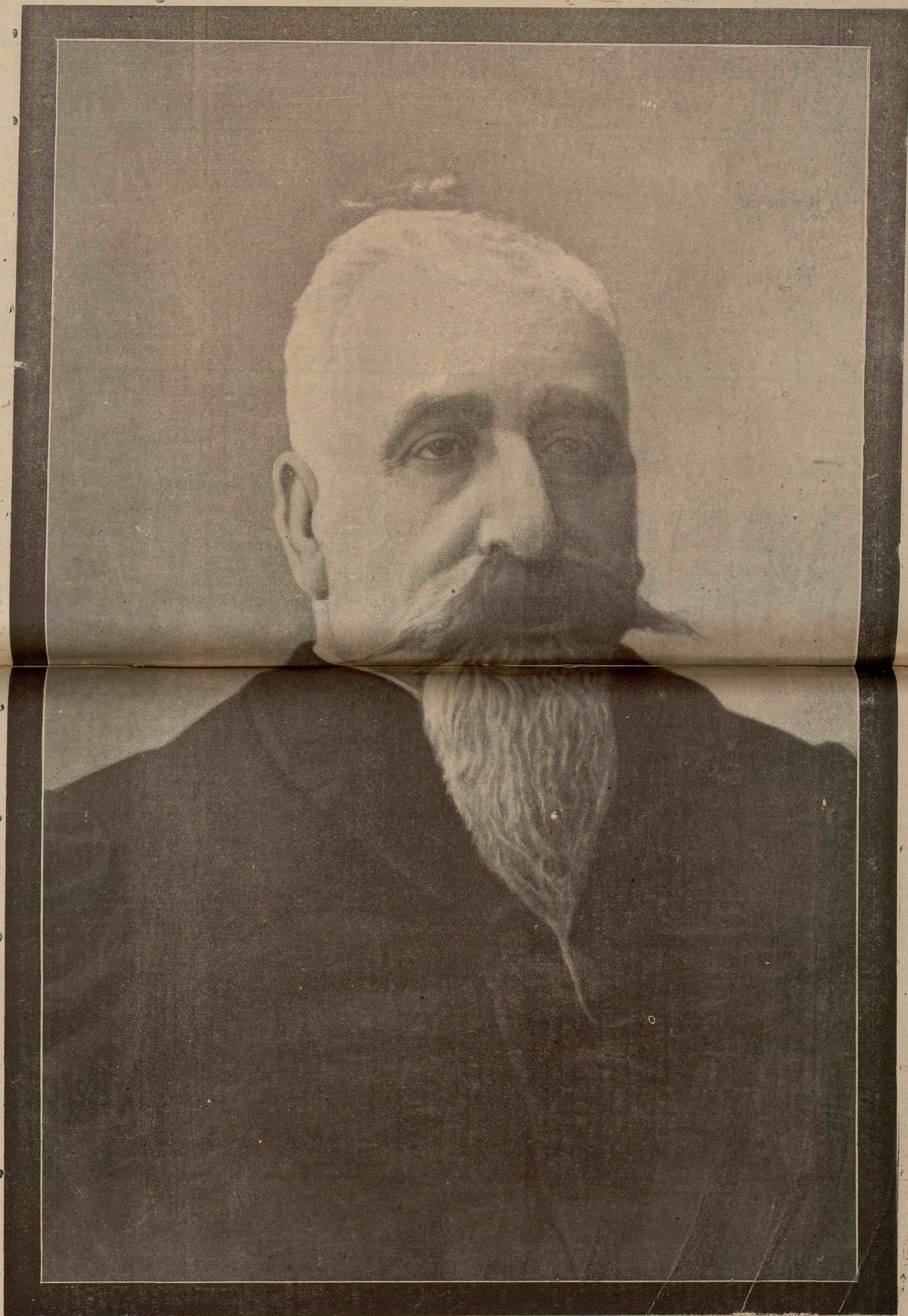
—España está así—me dijo,—porque aún no ha hecho la Revolución, la revolución honda que ha de salvarla. Una revolución que no se concrete á derribar la vetustez monárquica, sino que derribe también á los viejos santones del republicanismo.

Y me hizo preguntas sobre la actuación de los partidos, sobre los republicanos, preguntas que yo trataba de contestar del mejor modo posible. Y á continuación una anécdota, y después una lección de política, y luego un sucedido chistoso, todo ello matizado con las frases más ingeniosas y dicho con una ironía sutil, de buena cepa.

Hubo una pausa, interrumpida por la voz gratísima del Maestro:

—¿Conoce usted, joven amigo, algo más molesto que la seriedad de los partidos? Oiga usted lo que me ocurrió una vez. Había Pavía hecho el golpe de Estado del 3 de Enero; los republicanos considerados peligrosos por el nuevo gobierno, tuvimos que desterrarnos voluntariamente, para no ir por fuerza á las Marianas ó las Filipinas. Muchos nos quedamos en Portugal, y nos

EL MOTÍN



NICOLAS ESTEVANEZ

ganábamos la vida traduciendo y dando lecciones de español. El verano lo pasé, con muchos otros, en Cascaes, playa cercana á Lisboa. Estaba Cintra, de donde únicamente nos separaban dos leguas, atestada de aristócratas españoles. Los alfonosinos, sobre todo, eran legión y paseaban enfáticamente prometiéndoselas dulces y sabrosas para el próximo invierno. Yo estaba indignadísimo. Un día, hablando con mis compañeros, les expuse un plan facilísimo para ponerlos en vergonzoso ridículo. Proponía salir de Cascaes un domingo treinta ó cuarenta emigrados, montados en soberbios rocines y armados de sendos garrotes, entrar en Cintra á la hora del paseo, y á éste quiero, á éste no quiero, despejar los lugares de tanto majadero fanfaron.

—¿Y qué? ¿lo hicieron así?

—¡Quí! Se sacó el cristo de la seriedad del partido y una porción de zarandajas de esa clase. Total, que como no se hizo nada, nosotros tuvimos que aguantar los desprecios y los gestos de matamoros de aquella gente. Nada, nada; tienen que echar usted á todos los viejos, que solamente de estorbo, con nuestros temores y seriedades, servimos.

Le interrumpí:

—¡Maestro! Si todos los jóvenes valiesen lo que usted...

Seguimos hablando largo rato, una hora, dos, ¿quién sabe? Conversador incomparable, supo quitarme sabiamente el temor respetuoso que al entrar se apoderó de mí.

Tres veces, sabedor de que se acostaba temprano, traté de despedirme; las tres veces, bondadoso, me retuvo:

—No, no se marche aún. Cuando un español, joven y republicano me visita, creo que es España la que viene á verme... ¿Todavía se acuerdan de mí, *allá*? ¿Cree usted?

Y al contestarle que nadie le había olvidado, que todos le queríamos, que su nombre, no era para nosotros la representación de un grupo, que nadie le discutía, él se sonreía un tanto burlón.

¡Vaya, vaya!

Llegué á mi hotel rebosante de alegría, como quien no ha perdido la fe al saber el misterio. Debieron mis ojos tener un brillo extraño, algo especial que los señaló á la curiosidad de mis camaradas.

—¿Qué noticias trae usted?

Fué más poderoso que yo el orgullo que sentía; agité en alto el sombrero, y grité:

—¡Casi nada!... ¡Vengo de hablar con Estévez!

No sé lo que por mí ha pasado cuando he leído la fatal noticia. ¿Muerto el Maestro? Ante mis ojos

asombrados, el lacónico telegrama de Lapuya bailaba una zarabanda infernal.

He sufrido horas de angustiado dolor.

Después he querido recordar la primera, la última entrevista que con él tuve.

Será una humilde flor que el discípulo acongojado deposita, traspasado de pena, sobre la tumba del Maestro adorado, del Hombre.

HERMÓGEMES CENADOR VAL

Hoy 21 Agosto 1914.

La ciencia triunfante

Brunetiere, el tan ensalzado por los clericales por aquello de *La bancarrota de la Ciencia*, se habrá convencido ahora (si vive, que no lo sé) de que se equivocó de medio á medio. La que ha fracasado, y por completo, es la religión.

¡La Ciencia! Nunca pudieron sus partidarios ni soñar con un triunfo más indiscutible. Química, física, mecánica, matemáticas... Tales son los dioses hoy adorados, ya en forma de cañones, de fusiles, y de bombas explosivas, ya en la de acorazados, cruceros, submarinos, ya en la de globos, aeroplanos, biplanos...

En cambio la religión...

«Ama al prójimo como á tí mismo...» «No hagas con otro lo que no quieras que hagan contigo...» «Perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores» etcétera etc., son hoy valores que no circulan (ni realmente circularon nunca) en la Bolsa humana.

Luego silbemos con toda la fuerza de nuestros pulmones á los admiradores de Brunetiere.

PIO X

Pío X ha muerto, sin que le afligiera larga dolencia, cuando no se esperaba ni se le creía en peligro alguno. Esto es frecuente en el Vaticano: el Papa no está enfermo, dicen allí, más que al morir. Se había ocultado la gravedad que surgió casi de pronto, y hasta última hora no se dió el aviso de orar por el Papa enfermo, que equivale á anunciar su agonía. A la una de la madrugada del 19 entregó su alma á Dios, como dicen las buenas gentes.

Llamábase José Sarto (que en italiano significa sastre, apellido siempre vulgar que en todas las naciones se usa), y había nacido en Riese, diócesis de Freviro, el 2 de Junio de 1835. Tenía, pues, setenta y nueve años, dos meses y diez y ocho días. Es el octavo Papa que ha dado

á la Iglesia la comarca de Venecia; el primero fué Pío I, ¡es casualidad esta del nombre!, elegido el año 158 de la era cristiana, y el séptimo, Gregorio XVI, elegido en 1831, y también es casualidad que ninguno de los ocho haya sido notable en algo; sólo el primero se distinguía por su piedad; murió mártir.

Pío X no ha reinado sobre la Iglesia los nueve años que él mismo se profetizara; han sido once, y quince días más, por cierto bastante desdichados para la comunión católica.

A los Papas les llega en nuestro tiempo el día de las alabanzas con el de su elección, y á su muerte viene la temporada, que no el día, de los ditirambos canonizantes. Nos amenaza, y ya ha comenzado el mismo día 20 por el «A B C», siempre y en todo más papista que el Papa, un alud de elogios desmedidos y de adulaciones póstumas, exclusiva producción hoy del catolicismo sectario farisaico y del monarquismo absolutista.

Pero digan esos órganos lo que quieran, no evitarán que la verdad se publique y prevalezca, porque no le faltan heraldos entre los que tenemos el honor de contarnos. Escriba se lo que se escriba, Pío X, á la postre, aparecerá como un Papa funestísimo para el catolicismo y para el mundo civilizado. Lo eligieron cabalmente á título de nulidad, porque el Cónclave, cansado del peso de un León XIII, no quería notabilidades; pero tan grande resultó la deficiencia cerebral del elegido, que al poco tiempo ya pesaba más que el talento de su antecesor.

Pío X, eligiendo por lema de su reinado, «Instituarlo todo en Cristo», no ha hecho más que perturbarlo todo, trastornarlo, disolverlo contra el ideal de Cristo; que si divorciada de él andaba la Iglesia con León XIII, más aún se ha separado en estos once años. El Papa lo ha estropeado todo, la música y el Arte religioso, el derecho canónico; la disciplina eclesiástica, la liturgia, el dogma, cuando han tocado sus inexpertas manos, ¡pero cuán inexpertas!

León XIII aristócrata, realizó avances y hechos en el fondo democráticos; amaba á su modo al pueblo. Pío X, hijo de un patán, adoraba á la aristocracia, y la ha servido, ya Papa, como un mayordomo celoso. León iba como podía hacía atrás siempre.

Su primer acto fué de una torpeza encantadora, y el último también. Dispuso que se levantasen, en las solemnidades del Vaticano, dos tribunas nuevas para... las casas nobles de Roma; pero prohibió levantar otras, que eran ya tradicionales, diciendo: «No debe haber distinciones en la casa de Dios». Y ¿qué eran,

entonces, las dos tribunas de los nobles? Por su primer acto realmente pontifical, lo primero que se le ocurrió fué erigir en Roma... ¡una cárcel para sacerdotes!, la que no había, ni León XIII quiso restaurar.

Su último acto ya le conocemos: una gestión insignificante, pueril, en pro de la paz, apoyada por un documento en extremo vacío: de uno y de otro nadie había hecho caso. Pocos días antes de morir lloraba porque en los ejércitos beligerantes había sacerdotes, que lucharían necesariamente unos contra otros... Mejor hiciera en lamentar el pobre señor su descuido en proveer á este mal, como bien puede la Iglesia, ateniéndose á no ordenar mas que hombres ya maduros; presbítero significa anciano; y es engañar á los fieles darles presbíteros jóvenes; así sale ello; aparte de que nada tan sencillo como atemperar las reglas de ordenación á las leyes vigentes de cada país; pero cuesta menos llorar sobre las propias torpezas que no caer en ellas.

Dios, sin duda piadoso con las buenas intenciones de su vicario, aunque todas equivocadas, le ha ahorrado presenciar las consecuencias de la conflagración, á que algo ha contribuido. Pero ¡qué conflicto crea á la Iglesia esta muerte! El Cónclave se reunirá, si se reúne, más tarde que lo prescrito; consta de casi tantos cardenales italianos como extranjeros; de éstos no se puede prescindir, pero la guerra les dificulta el acceso á Roma. Por otra parte, las pasiones se hallan en efervescencia, tanto que ya se habla de si conveniría un Papa no italiano ni holandés, sino de un país neutral; signo de que la división de los campos de batalla se extiende hasta el Sacro Colegio con germanófilos y francófilos... Desde luego las Potencias, aunque en guerra, querrán intervenir; Pío X había suprimido el veto y dictado recientemente nuevas reglas de elección papal, no promulgadas aun; ¿se hará tabla rasa de todo ello, como otras veces? Es lo probable.

Vamos, pues, á asistir á una elección pontificia muy singular, para que todo sea extraordinario en esta memorable etapa histórica; por lo tanto nosotros los redactores de cosas eclesiásticas en *El Radical*, no hemos de faltar á nuestro deber y significación, así informando como razonando: estamos á neutralizar con la verdad pura la racha de mentiras y de adulaciones sectarias que ya se están desencadenando.

F.

El Radical.

El miércoles 19 del actual celebrábase en la santa iglesia del pueblo de Altafulla, provincia de Tarragona unas solemnes exequias por el

alma de un difunto cuyo nombre ignoro.

Dentro del templo los fieles elevaban fervorosamente al cielo sus plegarias para que el Supremo Hacedor diera eterna vida espiritual al alma que acababa de desprenderse de la miserable envoltura carnal.

Fuera del templo, en los espacios infinitos, las nubes entrecrocaban, el relámpago surgía, y el trueno hacía bambolearse en sus peanas á las imágenes de los santos y las vírgenes que ocupaban los altares.

Los sacerdotes y los fieles, estaban, sin embargo, tranquilos; ¿qué podían temer, siendo Dios el que desata las tempestades y hallándose en su casa ellos?

En esto cae una chispa eléctrica en la iglesia, y, efectivamente, deja hechos cisco á los fervientes católicos Eusebio Barges y Francisco Dalmau.

¡Y la redacción de EL MOTÍN!

LOS AUXILIARES OCULTOS

I

— Reflexione usted que si no hubiera sido por nosotros no habría usted entrado jamás en casa de ese magistrado.

— Sí, sí; es verdad.

Y que no tendría usted las ventajas que ahora disfruta: buen sueldo, regalos y la dirección de la casa, que es una minita, y mucho más para usted, que no es tonta.

— Sí, Padre; si yo estoy muy agradecida.

— Pues demuéstrela usted con obras, ahora que llega la ocasión.

— Pero... ¡si me vieran! Si me sorprendieran en el acto! ¡Ay! Yo me moriría de vergüenza...

— Sí, así es la lógica humana; la inmoralidad oculta no asusta á nadie; el único enemigo temible es el escándalo.

— Es que, la verdad, no encuentro medio de realizar lo que usted desea.

— ¡Oh! En una casa como aquella, donde reina no poco desorden, y estando todo á las órdenes de usted, nunca falta un momento adecuado... Recuerde usted aquel brazalete de brillantes que se perdió el año pasado, y del cual se llevaron la culpa los estereros... En este pleito va envuelta la gloria de Dios y de nuestra Orden; procure usted que no se pierdan las dos.

— ¿Y dice usted que en el armario de la alcoba del señor, está ese rollo de papeles?

— Sí; en el fondo, detrás de unas cajas de pañuelos... Y las cartitas aquellas las tiene la señora detrás del espejo del gabinete. Usted me trae mañana las dos cosas...

— ¿Mañana?

— O pasado, es igual; pero no tarde mucho. Las fotografiamos, usted vuelve á poner las cosas en su sitio, y aquí no ha pasado nada. Como usted ve, no es que yo la proponga ningún robo...

— Sí, sí, ya lo veo... Hoy mismo me pondré en acecho, y si tengo suerte mañana tiene usted aquí esos papeles...

— Pues no dormiré.

II

— ¡Padre!

— ¡Ah! ¿Es usted?

— Sí; traigo aquello... Nadie me ha visto; pero devuélvamelas usted pronto, no sea que el diablo lo enrede y...

— Démelos usted con mucho disimulo cuando se acerque á besarme la mano después de la absolución... Veo que ha sido usted diligente.

— ¡Les estoy tan agradecida! ¡Han hecho ustedes tanto por mí!

— ¡Y lo que haremos, Lorenza! Es usted una brava mujer.

III

«Muy reverendo Padre: Tengo en mi poder la copia fotográfica del testamento y las cartas del amante de la señora X (n.º 31 de nuestro archivo), y creo que con estas armas el pleito es cosa ganada. Lorenza nos ha servido muy bien, y puesto que allí ya no es necesaria, podíamos enviarla á casa de la condesa Z., salvo el mejor parecer de V. R. Suyo in Domino, F. Isla.

FRAY GERUNDIO

LÓGICA INFANTIL

Desde que colocaron el Sagrado Corazón en la sala de su casa, la niña Clarita no deja de contemplarlo cuantas veces puede y de rezarle avemarías, según se lo ha aconsejado su mamá.

Cierto día que la señora andaba por la sala pasándole el plumero á un bronce que representaba á Mefistófeles y que estaba cerca de la imagen del Sagrado Corazón, Clarita la interpela:

— ¿Dónde tenemos el corazón, mamá?

— Dentro del pecho.

— Entonces, ¿cómo Jesucristo lo tiene afuera?

— ¿Quién te ha dicho tal cosa, Clarita?

— Nadie. ¿No lo estás viendo en ese retrato de Jesús que el obispo te mandó poner en la sala?

— Pero, hija, ¡si eso no es un retrato de Jesús; sino una imagen simbólica!

— ¿Sin qué, mamá?

— Simbólica, una cosa figurada. como, por ejemplo, la bandera, que es el símbolo de la Patria.

—¡Ah! entonces, ¿por qué Jesús tiene el corazón fuera y por qué le sale fuego de esa cosa chirimbólica?

—Simbólica, borrica, simbólica, no chirimbólica. El corazón lo lleva fuera, porque es tanto el amor que tiene por nosotros, que no le cabe dentro; y las llamas, porque su amor es tan volcánico que le quemaría las entrañas si no lo sacase fuera.

—Pues con tomar agua de Santa Lucía, podía apagar el fuego.

—No digas herejías, Clarita. Al Sagrado Corazón hay que quererle y respetarlo y honrarlo como a la Virgen María.

—Bueno, mamita. Entonces vamos a rezarle juntas el rosario.

Carta moralizadora

Señor Director de El Motín:

Estoy escandalizado y poseído de santa indignación al leer todas las semanas en su impío y abominable periódico la guerra que hace a los pobres ministros del Señor con pretexto de moralizarlos.

Y como yo, gracias a Dios, soy católico apostólico romano, sin mezcla de liberalismo ni de cosa mala, y como he consagrado mi ya larga vida a la defensa de la buena causa, por todo esto no puedo callar, y bastante he hecho con tener prudencia hasta hoy. Pero ya no puede pasar esto; mi conciencia me manda hablar para demostrar a usted que es un desgraciado que no sabe lo que dice ni lo que se pesca.

Porque, vamos a ver, ¿qué se propone usted con ocuparse todas las semanas en si el cura de A ó el coadjutor de B, tiene una sobrina bonita, ó una prima graciosa y amable, ó en cosas por el estilo? ¡Ignorante que usted es!

Al sacerdote le está prohibida toda relación con mujeres, pero es con mujeres que no sean moneda corriente. Lo dice la Sagrada Escritura: «Mujer ramera ni infame no tomarán (los sacerdotes), ni tomarán mujer repudiada de su marido, porque es santo en Dios.» (Levítico, 21, VII.) ¿Entiende usted? El cura no puede tomar mujer que se encuentre en el caso previsto sabiamente por las Santas Escrituras. Pero aguarde usted un poco, y verá como los mismos libros santos confunden a los enemigos del clero. «Y tomará él (el sacerdote) mujer con su virginidad... tomará virgen de sus pueblos por mujer... y no mancillará su simiente en sus pueblos.» (Ibid., 13, 14 y 15) ¿Qué tal? No así como quiera, sino por precepto del mismísimo Dios, el sacerdote tiene la penosa obligación de tomar mujer, pero mujer *virgen*, conste, entre las mozas de su pueblo.

Ahora venga usted con aspavientos cuando algún impío le cuente que en éste ó en aquél pueblo el respetable párroco se ha anexionado una chica barbiana y de libras. ¿Pues qué había de hacer el ministro del Señor, sino cumplir con el precepto legal? ¿No es fea, ni ramera, ni repudiada, ni le gana la chiquilla? Pues de estas precisamente son las recomendadas al sacerdocio, es decir, de las que no tienen pero, de las que están destinadas *solis presbyteris*, como dice un virtuoso amigo mío.

No sea usted majadero. Dios Nuestro

Señor, que todo lo guarda para sus elegidos, ha querido que para ellos sean también las mujeres bonitas. Usted no sabe, seguramente, lo que pasó con David. ¿Qué ha de saber, si en estas cosas de la religión está en babia! Pues sucedió, que David, muy viejo ya, se moría de frío, y para que se abrigase por las noches, ¿qué hicieron sus cortesanos? Pues oiga usted la misma palabra de Dios: «Y como el rey David era ya viejo y entrado en días, cubríanle de vestidos, mas no se calentaba». Dijéronle, por tanto, sus siervos: «Busquen a mi señor, el rey, una moza virgen, para que esté delante del rey y lo abrigue y duerma a su lado y calentará a mi señor el rey.» Y buscaron una moza hermosa por todo el término de Israel, y hallaron a Abisags Sunamita y trajéronla al rey. Y la moza era hermosa, la cual calentaba al rey (¡Ya lo creo!) y le servía.» (I Reyes, I, 2, 3 y 4). Bueno; ahora hagamos el argumento. David, aunque rey y ungido del Señor, era muy inferior en categoría al último de los sacerdotes. Pues, bien: lo que merece el inferior, con mayor motivo lo merece el superior; luego si a David le fué permitido poner a su lado, en su propia cama, una muchacha virgen y hermosa, para que lo calentara, según la sublime frase inspirada por Dios, ¿con cuánto mayor motivo los ungidos del Señor, sus representantes directos y genuinos, con cuánta mayor razón estarán autorizados para buscar inocentes y hermosas Abisags, que compartan con ellos los rigores del invierno?...

El argumento no tiene vuelta de hoja, y si usted estuviera dominado por la buena fe, que tanta falta le hace, desde este momento no sólo dejaría de censurar esos actos de los presbíteros, sino que los aplaudiría y alabaría a Dios, que de tal manera ha provisto desde la eternidad la falta que habían de hacer las muchachas bonitas al lado de nuestros venerados sacerdotes.

Pero no lo hará usted así. ¿Qué lo ha de hacer! Dominado, como está, por el espíritu del mal, corre a su perdición, atacando lo que es invulnerable. ¿Qué gana usted con eso? ¡No ve, desgraciado, que el clero no puede faltar!

Es verdad que de vez en cuando se levanta por ahí un garrote que va a parar a las costillas de un cura. No puede negarse que la impiedad les va quitando muchos bautizos, y casamientos y entierros, y que la mayor parte de las gentes de sentido común ni siquiera los mira. ¿Pero qué importa? Aún quedan buenas gentes, sencillotas, a la buena de Dios, que entregan sus hijas y su fortuna a los ministros de Dios. Mientras haya *creyentes* habrá curas; no se canse usted.

Me parece que la cartita presente es un buen correctivo a las impiedades de El Motín. Publíquela, si se atreve, para que se vea que aún quedan fervientes católicos que, aunque legos, se interesan por la honra de los pobres sacerdotes.

De usted afectísimo servidor en Nuestro Señor Jesucristo.

ANGEL

Paseábase una tarde Voltaire con uno de sus amigos cuando pasó un sacerdote con su séquito conduciendo el Santo Viático.

Voltaire se quitó respetuosamente el sombrero, y el amigo le dijo asombrado:

—¡Cómo!... ¿Os habéis reconciliado con Dios?

—Nos saludamos, pero no nos hablamos—contestó Voltaire.

DEL SACERDOCIO MÉDICO

Las clínicas de Madrid

Quedábamos en que el médico aspira a ser el sacerdote del porvenir.

Quien quiera convencerse, siéntese de diez a una de la mañana, en invierno, en uno de los bancos de la Moncloa frente a la Parisiana.

Verá una cuestecilla, cruzada por una senda. La senda aboca a una plazoleta; a ambos lados, las dos clínicas del Instituto Rubio.

He ahí fielmente reproducida y copiada una de las infinitas ermitas consagradas a la «Diosa Salud» según le llamaban los gentiles, ó a la «madre de Dios de la Salud» según dicen los católicos, Lourdes, por ejemplo.

Por la cuesta van subiendo tísicos, lisiados, enfermos de todas clases, paralíticos en litera, cojos con muletas, madres con hijos en brazos... y aun frailes y curas... Suben en romería religiosa.

Van a buscar la Salud al Templo sagrado.

No es el templo de la superstición de signos mágicos, de ceremonias misteriosas, de fórmulas cabalísticas, de hechizos y ta'ismanes.

Es el templo de la ciencia. Sus fórmulas sólo son misteriosas para el ignorante.

Las «aguas sagradas» son las compuestas por la química terapéutica.

Hay allí hadas como las antiguas hadas, y magos como los antiguos magos. Para el ejercicio del culto, no se visten de damascos y de avalorios. Visten de blanco. Visten la limpieza y la higiene. Ellas son las enfermeras; ellos son los médicos.

Los que subieron tristes descendiendo alegres y contentos: algunos estirpado el dolor: todos con la esperanza del alivio.

He aquí el templo moderno.

He aquí el moderno sacerdocio.

He aquí la religión humana: la que ha desacreditado la taumaturgia de los santos y de los diablos.

Muchas veces hemos cantado loas a esta religión.

A salvo esas loas, hoy hemos de censurarla duramente.

..

Cada año, en llegando el verano con sus calores, con el desarrollo de los gérmenes morbíferos, con el aumento de las enfermedades y agravación de las dolencias, con la inva-

sión de los enemigos de la vida, al asomar la canícula en Madrid... ¡se cierran las Clínicas... o cuando me- nos muchas clínicas.

¿Qué escándalo es este?
¿Qué profanación del sacerdocio?
¿Qué renuncio de la ciencia?
¿Qué infidelidad al deber?

El hecho es tan chocante y las con- sideraciones son tan obvias, que fue- ra ocioso el descubrirlas.

Nos hacemos eco de los miles de enfermos perjudicados por esta huel- ga inhumana y sin entrañas.

El Estado, la Diputación y el Mu- nicipio que subvencionan tales clí- nicas, deben cortar de raíz este es- cándalo, en interés de las institucio- nes y del honor profesional.

Justo es el descanso de los obre- ros de este apostolado, pero es in- justo el cierre de las Clínicas y el abandono de los pacientes. Basta una pequeña dosis de sentido co- mún para ver la necesidad de suplir con unos la ausencia de los otros.

El Estado ha discurrido muy bien el medio de suplir el servicio de po- licía, de juzgados, de cárceles y de comisarías.

El servicio médico no debe sor inferior á esos servicios públicos.

No se ha de ser más celoso de re- partir palos que de repartir consue- los. Lo mismo sería cerrar el servi- cio de incendios.

Día y noche el clero está de guar- dia. En las parroquias se leen placas como estas:

«Por aquí se piden de noche los sacramentos».

Las Casas de Socorro, con su de- ficiente servicio, han dado origen á las loables clínicas permanentes de organización particular.

El «sacerdocio médico», si quiere ser considerado como tal, debe por- tarse como tal. Si no, no será un sacerdocio sagrado, sino un «clero» tan vil é industrial como todos los cleros.

R. MAYOL

ULTIMA HORA

Esto no es una guerra. Es una tra- ca valenciana al rededor del planeta.

Comenzó entre Austria y Servia; pasó á las seis naciones de las dos tríplice. La primera víctima ha sido Bélgica, por el delito de no querer guerra. Toda Europa trastornada y enloquecida.

De Europa pasa al Africa, donde los alemanes—dícese—procuran so- liviantar los moros contra Francia. Se están celebrando los preludios con expulsiones, espionajes, fusila- mientos y lo demás de rúbrica en tales espectáculos.

De Africa ha pasado á Asia y Ocea- nía, del modo siguiente:

Londres 23 (4'55 tarde)

La Agencia Reuters sabe oficialmente que el Japón ha declarado la guerra á Ale- mania.

FUERTES DESTRUÍDOS.—ALEMANES EXPULSA- DOS.

París 23 (6,30 mañana)

Un despacho de Pekín, que publica el *Novoie Vremia*, dice que los alemanes han destruído los fuertes de Tsin Tao en vista de su inutilidad para un caso de defensa.

Comunican también de la capital del Celeste Imperio, que el Gobierno japonés ha ordenado al cónsul de Alemania en Mukden y á los alemanes residentes en la Mandchuria salir inmediatamente del te- rritorio, so pena de ser detenidos, y que desde la apertura de las hostilidades nu- merosos japoneses llegan á Sinan Fu para tomar el camino de hierro de Chan Tung.

EN VISPERAS DE UNA LUCHA CHINO JAPONESA]

París 23 (11.45 mañana)

Parece ser que China está persuadida de que el Japón tiene el propósito de ocu- par el sur de la Mandchuria.

De Asia parece que preparan la continuación de la traca por Amé- rica.

He aquí el primer chispazo:

París 23 (7 25 tarde)

Se asegura que el ministro de los Esta- dos Unidos en Bruselas, que acompañaba al alcalde cuando salió al encuentro de los alemanes á su llegada á la ciudad, dijo al jefe de las fuerzas germanicas que el Go- bierno yanqui le había encargado de velar por los intereses de la Humanidad en Bru- selas y observar si los alemanes guardaban las leyes de la guerra.

La noticia de semejante actitud del di- plomático norteamericano parece poco verosímil.

LA VICTORIA

Según las noticias de cada nación, todas ellas triunfan. El enemigo es siempre derrotado aunque triunfe.

Sirva este consuelo imaginario de alivio del dolor de la realidad.

LAS NOTICIAS

No hay noticias, sino barullo. Lo que se sabe es insignificante para el problema general. El gobierno fran- cés ha prevenido al pueblo contra los peligros de entusiasmos frívolos en estos términos:

«Frente á nosotros tenemos á la casi to- talidad del Ejército alemán, tanto de fuer- zas activas como de reserva.

»El terreno de operaciones, especial- mente á la derecha de nuestras fuerzas, está lleno de bosque, lo cual dificulta los movimientos de las tropas.

»La batalla que ha de entablarse en bre- ve durará seguramente varios días, y su radio de acción es muy extenso, por lo cual es casi imposible seguir todos sus in- cidentes.

»Conviene, por ello, esperar, para apre- ciar la situación definitiva, hasta que ter- mine la primera fase del combate.

»De otra suerte, se originarán confusio- nes y contradicciones.

»Además, estas informaciones podrían

servir de indicio al enemigo, dándole á co- nocer la situación de nuestras fuerzas, y por ello no se comunicará nada hasta que termine la lucha.»

Puede decirse que la conflagra- ción inminente, si no se aplaca, está sólo en mantillas. Lo ocurrido hasta aquí es nada para lo que está por ocurrir, si no se pasa esta borrache- ra furiosa de austriacos y alemanes, á quienes debemos este drama que va perdiendo su eficacia emocionan- te, dejando encallecidos los senti- mientos.

Al cerrar este número se dice es- tarse muriendo el emperador de Austria, á causa de enfermedad exa- cerbada por los acontecimientos de la guerra, que, al parecer, son poco propicios para Austria.

A tal noticia pone *El País* este co- mentario:

«Sentiríamos que el anciano emperador Francisco José desapareciera, dejando de presenciar el resultado de su obra.»

Seguramente, fuera lástima que Austria fuese vencida y deshecha, y que el Emperador no pudiera pre- senciar su obra. Porque, no en vano se ha escrito el fatídico ¡*Vae victis!* ¡Ay, de los vencidos!

EN PERSPECTIVA

Corren rumores de la inminente guerra entre Austria é Italia.

Era de esperar.

Lunes, 24.

Riñen dos jesuitas:

—¡Canalla!
—No me importa.
—¡Bribón!
—Me río de eso.
—¡Corruptor!
—¡Vaya una cosa!
—¡Espía!
—¡Valiente tacha!
—¡Asesino!
—¿Y qué?
—¡Jesuita!

—¡Ah, santo Dios! ¡Esto sí que no lo tolero!

L'Asino

Un obispo anglicano celebraba sus bodas de oro con la Iglesia. Entre sus invitados había un extranjero que ignoraba el significado de esa frase y rogó que se la explicaran.

—Es, contestó el obispo, que esa buena señora y yo hemos vivido juntos durante cincuenta años.

—¡Ah!, ya me lo explico, dijo el extranjero; es que ahora van uste- des á regularizar su situación.

Freethinker

LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS
Una peseta

Leyendo Cánones

(CONTINUACIÓN)

se distingan por su ignorancia, pues ya los del siglo IX eran reprendidos por no saber ni cánones. Si bien se comprende que este estudio les interesara poco, dado que gran parte de ellos los ponían como un guiñapo.

El 47 «manda que los Obispos se informen de la conducta de las Abadesas que viven con poco arreglo, y que den cuenta de ello al Rey, para que se las deponga.»

Como no creo que lo del poco arreglo se refiriese á que tuvieran sucia la celda, ni á que gastasen más de lo debido en la compra, deduzco que ese canon aludía solamente á su conducta liviana; y muy escandalosa debía ser, cuando había que acudir al rey nada menos para que las metiese en cintura.

27. «Los Sacerdotes tendrán encerrado el Santo Crisma, y no darán de él á nadie con pretexto de remedio, ó de maleficio, só pena de deposición.»

¡Dar el santo crisma para maleficios! Ni á soñar que me echara, hubiese concebido monstruosidad mayor. Siendo el crisma la mezcla de aceite y bálsamo que se consagra el Jueves Santo para ungir obispos y sacerdotes, y á cuantos fieles se bautizan y confirman, ¿cómo pudo clérigo alguno facilitarlos para la perpetración de maleficios? Necesito que me lo diga un Concilio para conceder certeza á ese sacrilegio infame.

CONCILIO DE TOURS, *Turonense*, año de 813.

20. «Los Sacerdotes guardarán baxo de llave el Santo Crisma, de modo que nadie pueda tomarlo, porque muchos creen que los delinquentes que se untan con él ó lo beben no pueden ser descubiertos.»

¡Qué tiempos de fe aquellos! Razón tienen los que de menos los echan. Creer que lo que produce tan portentosos efectos espirituales, podía, untándose con él, hacer invulnerables á los delincuentes! Ni aun en sentido simbólico podía admitirse este absurdo. ¡Y, sin embargo, lo admitían! Verdad es que ya entonces había cristianos que aplicaban su fe á la creencia en brujas, desgrefiadas señoras que, de haber existido realmente habría que considerarlas hoy como las precursoras del aeroplano.

CONCILIO DE CHALONS DEL SONA, *Cavilonense*, año de 813.

8.º «Si los Sacerdotes almacenan trigo ú otros comestibles, no ha de ser para venderlos más caros, sino para distribuirlos entre los pobres en tiempo de carestía.»

Se ve que no había en los primeros siglos del cristianismo oficio, profesión ni medio reprochable de agenciarse unas pesetas, que no lo practicaran los sacerdotes. Desde poner tabernas y casas de señoras de honor desgraciado, hasta prestar á réditos y acaparar granos y subsistencias, todo lo ensayaron. De aquí que los Concilios tuvieran á cada paso que amenazarles con castigos y deposiciones, que desgraciadamente daban pocas veces el resultado apetecido.

18. «También prohíbe exigir prendas ó multas de los que no pagaban el diezmo, ó de los incestuosos, como hacían algunos Obispos de acuerdo con los Condes, con los cuales partían estas multas.»

—¿Cómo andamos de fondos, señor obispo?

—Así, así, señor Conde. ¿Y usted?

—Malditísimamente. Y el caso es que necesito algunos para ir con mis gentes á romperle el alma al Conde de ahí al lado. A eso venía; á ver si usted me los proporcionaba.

—Lo siento mucho, mas no me es posible.

—Pues hay que buscarlos, sea como sea; diga usted; ¿hay muchos cristianos que no hayan pagado este año el diezmo?

—Sí, señor, bastantes.

—Y de incestuosos ¿cómo andamos?

—También abundan, también..

—Pues multas en ellos. Cuento con la mitad de lo que se saque, y usted solicite en el momento oportuno mi ayuda para partir por el eje al que se resista.

El canon anterior me autoriza á suponer la posibilidad de un diálogo semejante entre un obispo y un conde.

61 «Las Religiosas no comerán con ningún hombre en sus propios cuartos; y si alguna vez fuese esto necesario, comerán en el locutorio y en presencia de testigos, y si no hubiese locutorio se hará uno.»

Aquí se ve que las costumbres no habían mejorado gran cosa á los nueve siglos de haber venido Cristo al mundo á redimirnos de la esclavitud del pecado. Tomar tamañas precauciones con los que debían ser archivo de toda continencia, da á entender que á los demás, los seglares, no tendría el diablo por dónde desecharlos. ¡Con cuán perezoso paso ha ido caminando hacia su perfección el cristianismo, cuyos diversos partidarios están en estos instantes

exterminándose con el mismo entusiasmo que en los tiempos bíblicos!

CONCILIO DE CELCHYTE en Inglaterra, *Celechytense*, año de 816.

14. «No se dará la disciplina á los Frayles estando desnudos en presencia de los demás, por ninguna falta que hayan cometido.»

Si que era un poquillo fuerte lo de desnudar á un hombre delante de otros varios de su oficio, y correazo va, correazo viene, ponerle la zalea del color de la grana, sacándole de paso alguna tórdira sanguinolenta. ¡Bien haya el Concilio que procuró impedirlo, no sé si con el mismo desgraciado éxito que tantos otros trataron de evitar que se solazasen los sacerdotes con las cristianas, fuesen esclavas ó de condición libre, simples convecinas ó próximas parientas!

CONCILIO DE ROMA, año de 826.

8.º «Los Obispos no pondrán Curas en las Parroquias sino con consentimiento de los habitantes.»

Acuerdo acertado fué el de que los clérigos ejercieran su profesión espiritual aceptados por todos los enfermos del alma, como los médicos que les curaban las dolencias del cuerpo; no como ahora, que quieras ó no quieras tienen que soportar los fieles al sacerdote que el obispo les envía, muchas veces á petición del cacique, originándose por esta causa á lo mejor escándalos formidables.

CONCILIO DE AIX-LA-CHAPELLE, *Aquisgranense*, año de 836.

6.º «Se depondrá á los Obispos dados al vicio vergonzoso de la embriaguez.»

El promulgar exclusivamente para los obispos este canon, nos dice que ellos eran entonces los sacerdotes que con más ardor se entregaban á la práctica de tan feo vicio y de tan cínica manera que todo el mundo se enteraba. Hoy no digo que no ocurra igual, mas por lo menos no llega al público.

CONCILIO DE MEAUX, *Meldenense*, año de 845.

45 y 46. Los Obispos «no exigirán nada por el Santo Crisma, ni siquiera un dinero.»

El órgano de la *adquisividad* estaba tan desarrollado en el cerebro de los obispos de los primeros siglos, que hacían objeto de tráfico lo más sagrado: su desarrollo superaba al empeño con que los santos Concilios procuraban atrofiárselo.

avaricia.

(Continuará..)

CONJUROS Y EXORCISMOS

POR

ROBERTO ROBERT

(CONCLUSIÓN)

Esto trajo consigo el aumento, aunque pasajero, de exorcistas casi limpios y aseados, pues tenían que tratar con energúmenos de categoría, después de lo cual, por no mostrarse en oposición ó desacuerdo con la nobleza y dando una muestra más de amor á la unidad nacional, se endemonió una temporada la clase menestral y bracara, hasta que por último se vulgarizó la enfermedad y cualquier pelatustán se hallaba provisto de su cláuota de Demonio, y por último participaron también de él los irracionales.

*

Los exorcismos han representado un papel tan importante, quiero decir, que han desempeñado, como hemos visto, una función ó un oficio social tan grave, que nadie debe tratar de ellos con asomos de impía ligereza.

De los Evangelios mismos arranca, según graves doctores, la certeza de los exorcismos, y en el mismísimo Santo Tomás los ven tan patentemente reconocidos como el sol del mediodía.

Cien años atrás, la medicina no estaba muy allá que digamos; pero en cambio sobaban los clérigos, dispuestos á cojer á todas horas la estola, el caldero y el hisopo, y conjurar con el mayor denuedo, así el travieso sabañón como el venenoso cáncer.

La Iglesia tampoco autorizó nunca esas prácticas; pero consintió siempre que millones de eclesiásticos se dedicasen con entusiasmo á ellas, y sacasen de este oficio un buen jornalito, y ni lombrices, ni zorras, ni nubes, ni fiebres se libraban de ellos.

Aún no hace un siglo que daban lugar á eruditas controversias entre profundos teólogos, y cuando no era lícito escribir impunemente sobre bagatelas políticas ó filosóficas, abundaban los tomos, folletos, cuadernos y cartas impresas sobre una materia que entraña el punto capitalísimo de la salvación del alma. Porque es de advertir, que si bien la ciencia mundana no ha sabido dar con el alma, la teología ha averiguado todos los caminos por donde se pierde ó se salva.

*

En los últimos años había llegado á tal grado de virtud curativa del

exorcismo, que se hacía uso de él contra los animales todos: desde los gusanos hasta los lobos; y los libros que trataban de esos sagrados remedios salían á la luz con la correspondiente aprobación del obispo de la diócesis respectiva.

Y aún su aprobación era de tanta importancia, que el Concilio Bituricense tomó graves disposiciones sobre los exorcismos que debiesen permitirse, en vista de que, á semejanza de los efectos de comercio que dejan mucha ganancia cuando son muy solicitados, así se dió el caso de emplearse exorcismos adulterados, de tan pocos grados de eficacia, que apenas se vían para curar resfriados ó arañazos.

Y hubo también algún meticuloso que observó que los que más pedían conjuros eran gente idiota; pero se les demostró con macizos silogismos que precisamente por estar aquella gente casi en la idiotia, necesitaba con urgencia de aquellos sobrenaturales remedios.

**

Cundió la errada opinión de que los exorcismos eran inútiles, así con respecto á los racionales como á los irracionales, y esta opinión ha ido extendiéndose al compás de la impiedad.

Poco á poco han dejado de emplearse y han desaparecido los exorcistas, según han ido desapareciendo los endemoniados.

El pobre clérigo que antes tenía seguro el modesto pucherito con dedicarse á la tarea santa de conjurar al maligno bajo cualquiera forma con que pretendiera encubrirse, hoy prolonga indefinidamente las enojosas siestas, porque no tiene en qué emplear la buena voluntad ni el precioso tiempo.

El oye hablar de catalepsias, de epilepsias, de ataques nerviosos, de jaquecas, y se siente mil veces impulsado á coger el hisopo y el caldero y lanzarse sobre el poseído moribundo para arrancarle en latín el maleficio horrendo; pero la moderna impiedad antes dará 10 reales al médico profano, que un miserable escudo al exorcista mejor consagrado del mundo entero.

Esta es otra de las causas de la decadencia actual. Cada quidam quiere tener su opinión sobre las cosas de la tierra, ninguno quiere ocuparse de las del cielo, y tan poco valemos ya, que si no hay endemoniados entre nosotros, es porque ni el Demonio nos hace caso.

EL DINERO DE LA IGLESIA

¡Dinero!

Todo el mundo habla de dinero,

lo desea, lo codicia; pero ¿quién sabe lo que es dinero?

A ciertas horas del día, el mortal inexperto que penetra en la Bolsa se aturdirá oyendo vocear millones y más millones que se compran y venden.

¡Qué trasegar monedas! Uno da cincuenta millones, otro los toma; otro regatea ciento; otro propone un plazo para tomar doscientos, trescientos, cuatrocientos...; todo se vuelve millone; y si se estrujara á aquellos mercaderes de monedas, no se les sacaría entre todos una onza de oro.

Parola, vanidad mundana es el dinero del siglo; todo es ochavos apellidados con expresiones hiperbólicas.

¿Qué tiene Osuna? ¿Qué posee Rostchila? ¿Qué representan esos famosos caudales de los diecisiete lores llamados los ricos por antonomasia?

Después de conocer el dinero de la Iglesia, todo es cieno, humo, nada.

Aquello era sólido, inagotable, inmenso. Si hay algo que, por lo infinito, dé una idea aproximada de Dios, es el dinero de su esposa.

Es que hubo un tiempo en que aquí goteaba, allí chorreaba, allí llovía, acullá diluviaba dinero sobre la Iglesia; pero de continuo, sin cesar, ni trazas de ello.

Dicen que los árboles atraen las lluvias.

Puede ser, porque los templos atraían antes el oro, la plata, las piedras preciosas y los donativos de toda clase.

Donde se clavaba una cruz de palo, allí caían cuando menos maravillas.

Donde se abría capilla, allí iban á parar moneditas de plata.

Donde se levantaba la menor iglesia, caía el oro.

Y en tratándose de templo de mayor cuantía, allí iba á parar todo.

No parece sino que la moneda, dotada de entendimiento y conocedora de la maldad de los hombres, buscaba el reposo bajo el sagrado amparo de los altares.

*

**

Así como á veces se encuentran dos hormigas y se detienen como para hablarse, y buscan á las que están más cerca, y al cabo de breve rato á donde va una todas las demás se encaminan, así también hacían entonces las monedas.

Averiguado el camino de un santuario, no parecía sino que la primera moneda comunicaba la noticia á las otras, y acto continuo entraban allí en tropel blancas y maravedís, cornados y escudos, ducados y cequíes, libras y peniques, y toda la turbamulta numismática del mundo.

¡Cuántos doblones, apenas llega-

ban á tomar forma monetaria en los troqueles, como si fuesen capaces de experimentar algo de la nostalgia del cielo, corrían á consagrarse á Dios en la oscuridad recóndita de las arcas sacerdotales!

Allí vivían felices las monedas, lejos del profano bullicio y de las vanas agitaciones de los hombres; el casto son del oro melodioso arrullaba el tranquilo sueño de los servidores de Jesucristo.

¡Qué avergonzados quedarían los famosos banqueros de hoy ante el caudal de un abad de aquellos felices tiempos, y cómo se verían obligados á reconocer su pequeñez, confesando que en materia de dinero, como en todo, la supremacía ha pertenecido á la Iglesia!

Sobre todo desde aquel gran príncipe Constantino...

Por supuesto que ustedes habrán oído hablar de la famosa conversión de Constantino, que abrazó la religión de Cristo y mató á su hijo: no al hijo de Cristo, que no los tuvo, sino á un hijo propio suyo; de aquel príncipe que después de hacerse cristiano mató á su mujer... ¡Oh, cuánto debió sufrir en aquel acto, no la mujer, sino Constantino, precisado á tomar resolución tan extrema!

Aquel bondadoso príncipe, que después de empeñar á un enemigo suyo la palabra de perdón tuvo que quitarle la vida, ha tenido la desgracia de que los impíos le tachasen de bárbaro y cruel; pero en vano: esta calumnia sólo ha circulado entre los escritores baladíes que no tienen compromisos con ninguna iglesia.

En cambio, donde quiera que se respiran auras católicas... ¡Oh el lábaro! ¡Oh la conversión maravillosa!... ¡In hoc signo vinces!...

¿Pero cómo no ha de ser así habiendo dado tanto?

No hay medio de dar á conocer, ni en globo, lo que fué el dinero de Iglesia, sin empezar por Constantino.

Cierto que en el siglo IV ya la Iglesia no era una cualquiera: ya tenía qué perder: había hecho sus ahorritos, y por entonces el obispado de Roma era bastante productivo.

La fama de su riqueza fué causa de que, con fundamento ó sin él, se haya escrito en las historias que cuando la disputada elección del español Dámaso, cuyo competidor era Ursino, si se derramó sangre hasta el punto de quedar centenares de cadáveres dentro del templo, fué porque cada uno de los dos candidatos había comprado los votos y ex-

citado el celo de los electores, prometiéndoles satisfacer su codicia.

Pero al fin y al cabo esa riqueza no era nada ni valía la pena de hacer matar á tanta gente.

Constantino sí que...

Por gusto nada más; sólo por curiosidad, vamos á sacar la lista de los veintinueve objetos principales con que dotó á la basílica que llevaba su nombre.

Vale la pena.

Créanme ustedes; y si me equivoco, tnsurado me vea.

Entérense de ello los lectores, y digan luego si no era hombre verdaderamente piadoso el príncipe Constantino.

¡Eh! Cuidado, que lo que voy á apuntar no es documento que pueda ponerse en duda.

Está copiado de lo que el bienaventurado Anastasio escribió en sus *Vidas de los Papas*.

Empieza la lista de los regalos de Constantino, y dice:

1.º Unas andas de *plata*, sobre las cuales iban: una imagen de Cristo, de cinco pies de alto y cien libras de peso; las figuras de los doce apóstoles, con coronas, también de *plata* fina, de cinco pies de alto y noventa libras de peso cada una. Detrás iba la estatua del Salvador, sentado en un trono y mirando al ábside, estatua también de cinco pies de alto y ciento cuarenta libras de peso. Junto á esta figura, cuatro ángeles (todo de *plata*), de ciento cincuenta libras de peso cada uno.

Las andas y todo lo que sostenían pesaban en junto dos mil veinticinco libras.

2.º Una lámpara de *oro* finísimo, adornada con cinco delfines, de peso de veinticinco libras, inclusa la cadena de que iba colgada debajo de las andas.

3.º Cuatro candelabros en forma de corona, de *oro* finísimo, adornadas con veinte delfines, de peso de quince libras cada uno.

4.º La bóveda de la basílica, toda *dorada*.

5.º Siete altares de *plata*, que pesaban doscientas libras cada uno.

6.º Seis patenas de *oro*, de treinta libras de peso cada una.

7.º Diez y seis patenas de *plata* de diez y seis libras de peso cada una.

8.º Siete copas de *oro* puro, de diez libras de peso cada una.

9.º Otra copa de *plata* sobredorada, incrustada de *oro*, corales, esmeraldas y jacintos, de veinte libras y tres onzas de peso.

10. Dos vasos sagrados de *oro* purísimo, de cincuenta libras de pe-

so cada uno, y cabida de tres medimnos.

¿Es algo lo que llevo copiado? Pues todavía no estamos á la mitad.

Pero ¿quién no se detiene á meditar un momento en tanta magnificencia?

¡Y que vengan á recordarle á uno si aquel piadoso príncipe fué ó no una ó más veces parricida!...

¡Oh, el lábaro! ¡Los candelabros! ¡Libras de *plata*! ¡Libras de *oro*!...

Prosigamos la lista. No sé cómo hay quien pueda hablar de crímenes pudiendo solazarse con el recuerdo del *oro* y los diamantes consagrados á borrarlos.

¿Estábamos en el número 10?

Pues sigue la lista.

11. Veinte copas de *plata* de quince libras de peso cada una.

13. Otros veinte vasos sagrados de *plata*, de diez libras de peso y medimno de cabida cada uno.

13. Cuarenta cálices de *oro* purísimo, que pesaban una libra cada uno.

14. Cincuenta cálices de *plata*, de dos libras de peso cada uno.

15. Un candelabro de *oro* muy precioso, colocado delante del altar, con adorno de ochenta delfines, y de treinta libras de peso.

16. Un candelabro de *plata*, adornado de veinte delfines, de cincuenta libras de peso.

17. Cuarenta y cinco lámparas de *plata*, que están en la nave, de treinta libras de peso cada una.

18. Al lado derecho de la basílica, cuarenta candelabros de *plata*, de cuarenta libras de peso cada uno.

19. Al lado izquierdo de la basílica, veinticinco candelabros de *plata*, de veinticinco libras de peso cada uno.

20. Otros cincuenta candelabros de *plata*, que están en la nave, de veinticinco libras de peso cada uno.

21. Tres urnas de *plata* finísima, cada una de las cuales pesa trescientas libras y tiene de cabida diez medimnos.

22. Dos incensarios de *oro* purísimo, de treinta libras de peso.

23. El baptisterio contenía, como principales ornamentos, una pila de pórfiro, forrada por dentro y por fuera de una chapa de *oro* finísimo, que pesaba cincuenta libras.

24. En medio de la pila una columna de pórfiro de *oro* finísimo, de cincuenta libras de peso.

25. Al borde de la pila un cordeiro, de *oro* finísimo, que vierte el

(Continuará)

IMPRESA ARTISTICA DE SAIZ, HERMANOS, MONSERRAT, 7. MADRID.